

# CASAS, ITINERARIOS, TRAYECTORIAS. *ESPACIALIZAR LA HISTORIA SOCIAL EN EL ANTIGUO RÉGIMEN\**

FRANCISCO GARCÍA GONZÁLEZ  
*Seminario de Historia Social de la Población*  
*Universidad de Castilla-La Mancha*

EN España los historiadores están demostrando cada vez más un mayor interés por la casa en el pasado. Sin embargo queda aún mucho por hacer para avanzar desde la perspectiva de la historia social<sup>1</sup>. Nuestro objetivo con este trabajo es presentar a partir del caso castellano en el Antiguo Régimen algunas reflexiones para profundizar en esta dirección. Para ello enlazaremos su estudio con los renovados planteamientos de la historia de la familia, una vía de investigación que en las últimas décadas ha situado a la historia social en el centro de sus presupuestos teóricos y metodológicos. En consecuencia, superadas tipificaciones esquemáticas y meramente descriptivas ligadas a la demografía histórica o a la historia de las mentalidades, consideramos que aproximarnos al binomio casa-familia puede ser un medio eficaz para analizar la complejidad de las relaciones sociales. En especial para explicar los mecanismos de perpetuación y reproducción de las diferencias y las desigualdades sociales o para comprender y visualizar los procesos de movilidad social.

---

\* El presente trabajo forma parte del proyecto de investigación *Familia, desigualdad social y cambio generacional en la España centro-meridional, 1700-1900*, referencia HAR2013-48901-C6-6-R, que ha sido posible gracias a la financiación concedida por el Ministerio de Economía y Competitividad.

<sup>1</sup> Una apuesta metodológica que tratamos de desarrollar desde el Seminario de Historia Social de la Población con trabajos como los de Hernández López, Carmen, *La casa en La Mancha oriental. Arquitectura, familia y sociedad rural (1650-1850)*, Madrid, Sílex, 2013. Igualmente hay que resaltar los esfuerzos realizados por Franco Rubio, Gloria, «La vivienda en el Antiguo Régimen: de espacio habitable a espacio social», *Chronica Nova: Revista de Historia Moderna*, 35 (2009), pp. 63-103, y su equipo con estudios como los de González Heras, Natalia, *Servir al rey y vivir en la corte: propiedad, formas de residencia y cultura material en el Madrid borbónico*, Madrid, Universidad Complutense, Tesis doctoral inédita, 2014.

## CONSIDERACIONES PREVIAS. POLISEMIA Y CONFUSIÓN

La casa no es una carcasa vacía. Sin embargo su análisis suele ser anónimo e impersonal, cuando no meramente arquitectónico, folclórico o paisajístico. Nuestro planteamiento es muy distinto por ejemplo al de Nieves Hoyos<sup>2</sup> cuando en su introducción al estudio de la casa tradicional en España decía:

«Cuando el hombre ha sentido la necesidad de crear su hogar en un lugar determinado ha cogido los materiales que tenía a mano, y así podemos decir que ellos han dictado la forma, y a su vez el suelo y el clima han determinado el empleo preferente de tierra, piedra o maderas, y estas dos fuerzas, los materiales, más el gusto y necesidades anímicas del hombre, han impreso a las viviendas las particularidades, formas, dimensiones y resistencia, de donde resultan los tipos de casas que entran a formar parte de la característica de cada paisaje».

Para el historiador social, son los individuos y las familias quienes dotan a la casa de su auténtico interés. Vista así, la casa es más que los muros que la definen o que la arquitectura que la sustenta. Porque, lejos de considerarse como un concepto atemporal y abstracto, como un testigo pasivo del tiempo, hay que contemplarla como un interrogante social, como un objeto problematizado. En consecuencia su estudio implica tener en cuenta los conceptos que la envuelven socialmente<sup>3</sup>. Familias, hogares, parentelas o residencias son aspectos claves para ello. Sin embargo, como señala María Ángeles Durán, se trata de una serie de palabras utilizadas como si fuesen intercambiables sin serlo<sup>4</sup>. Recurriendo al propio Diccionario de Autoridades (1728-1739) comprobamos ya en la época la pluralidad de significados de la palabra casa y como el uso puede hacer que se confunda con otras en las que resulta fundamental para su definición<sup>5</sup>:

<sup>2</sup> Hoyos Sancho, Nieves de, «La casa tradicional en España», *Temas Españoles*, 20 (1952), p. 3.

<sup>3</sup> Chacón Jiménez, Francisco, «La historia de la familia. Debates metodológicos y problemas conceptuales», *Revista Internacional de Sociología*, 11 (1995), pp. 5-20.

<sup>4</sup> Durán, María Ángeles, «Hogares y familias: dos conceptos en busca de definición», en Iglesias de Ussel, J. (Coord.), *Las familias monoparentales*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer, Serie Debate, Vol. 5, 1998, pp. 13-14. Sobre la «elasticidad» de los conceptos de casa y familia, y sus variadas acepciones en la Europa del Antiguo Régimen vid. Satti, Rafaella, *Vida en familia. Casa, comida y vestido en la Europa Moderna*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 46-59

<sup>5</sup> Versión on-line, web de la Real Academia Española <http://web.frl.es/DA.html>. Consulta realizada el 2 de noviembre de 2015.

«CASA. s. f. Edificio hecho para habitar en él, y estar defendidos de las inclemencias del tiempo, que consta de paredes, techos y tejados, y tiene sus divisiones, salas y apartamentos para la comodidad de los moradores. Es la misma voz Latina Casa, que aunque significa la Choza o Casa pajiza, se ha extendido a qualquier género de casas.

CASA. Vale assimismo la familia de criados, y sirvientes, que asisten y sirven como domésticos al señor y cabeza o dueño de ella. Latín. Domesticici, orum.

CASA. Se llama tambien la descendencia o linage que tiene un mismo apellido, y viene de un mismo origen: y assí se dice, La Casa de los Pachecos, de los Guzmanes, de los Sylvas, de los Mendozas, Toledos, &c. Latín. Familia. Genus. Stirps.

VIVIENDA. s. f. La casa, ò quarto de habitacion. Fórmase del verbo Vivir. Lat. Domicilium. Habitatio, seu habitaculum.

HOGAR. s. m. El lugar donde se enciende la lumbre o fuego para el servicio ordinario de una casa. Tomase tambien por la casa o domicilio. Antiguamente se decía Fogar, y uno y otro viene del Latino Focus, que significa esto mismo

FAMILIA. s. f. La gente que vive en una casa debaxo del mando del señor de ella. Es voz puramente Latina. Por esta palabra familia se entiende el señor de ella, y su muger, y todos los que viven só él, sobre quien há mandamiento, assí como los hijos y los sirvientes y los otros criados, cá familia es dicha aquella en que viven más de dos homes al mandamiento del señor, y dende en adelante, y no sería familia fácia a suso.

FAMILIA. Se toma mui comunmente por el número de los criados de alguno, aunque no vivan dentro de su casa. Latín. Famuli vel Servi. Familiares.

FAMILIA. Significa tambien la ascendencia, descendencia y parentela de alguna persona: y assí se dice, La familia de los Pachecos, de los Mendozas, etc.».

Casa, familia, hogar, vivienda, domicilio, residencia, morada, habitación, cuarto, aposento, apartado y otras expresiones son algunas de las 1541 referencias donde el término casa está presente en los textos del mencionado Diccionario. La comparación con el número de referencias de otras palabras es muy significativa: familia se alude en 174 ocasiones, hogar en 27, domicilio en 26, vivienda en 24 o residencia en 19.

Una muestra por ejemplo de lo que venimos diciendo es lo que observamos incluso en muchas investigaciones con el empleo indistinto de términos como familia y hogar. La mejor expresión de esto es el éxito del arquetipo de la «familia nuclear» en el que se hacen coincidir esos dos términos. Como resultado, no es extraño que se utilicen expresiones con un claro componente tendencioso e ideológico como «familias incompletas» para aludir a los denominados hoy hogares monoparentales. Hogares llamados también «familias monoparentales» siguiendo esa misma lógica. Se trata de hogares generalmente encabezados por personas viudas con hijos o por madres solteras. Fórmulas consideradas

imperfectas frente al modelo de la familia nuclear compuesta por padre, madre e hijos. Nos referimos pues a una formulación simplista que desde el punto de vista historiográfico se generalizó a partir de finales de los años 60 con los estudios sobre el tema llevados a cabo por Peter Laslett y el Grupo de Cambridge<sup>6</sup>. Enfatizar la idea de la familia como unidad de residencia refuerza su naturaleza individual, algo muy distinto al concepto más aproximado a la realidad, de definir a la familia como una continuidad simbólica y una red de relaciones sociales<sup>7</sup>.

El estudio del hogar por su parte no puede realizarse al margen de la casa. Los hogares no son otra cosa que la concreción espacial y temporal de la coresidencia en el marco físico de una vivienda: son acotaciones del espacio y del tiempo<sup>8</sup> del que forman parte los que «comparten un mismo fuego y un mismo techo» o «están a una misma mesa y manteles»<sup>9</sup>. Hablamos de unidades localizadas, con una ubicación concreta, con un sitio preciso en un inmueble situado en una calle determinada de una población dada (o fuera de ella si nos encontramos ante un hábitat disperso). El resultado espacial que obtenemos es la suma de hogares reunidos en viviendas, agrupados y en apariencia perfectamente organizados, fijados en un punto específico del plano. Sin embargo, la sensación de uniformidad, de claridad funcional e inmovilidad que nos transmiten tanto los planos de las calles como los de las casas es falsa y no se ajusta a su naturaleza dinámica. Lejos de ser unidades «petrificadas», en ellas fluye la vida. Porque –sobre todo en el ámbito castellano– la movilidad es consustancial al sistema social y dado que la familia, como decíamos antes, puede definirse como una continuidad simbólica y una red de relaciones sociales, para la mayoría de la población, esta –en su sentido amplio, no solo de parientes, sino de amigos y aliados–, se convertía en una estrategia para sobrevivir.

---

<sup>6</sup> Laslett, Peter, Wall, Richard, (eds.) *Household and family in past time*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972.

<sup>7</sup> Durán, M.<sup>a</sup> Ángeles, «Hogares y familias: dos conceptos en busca de definición», *op. cit.*, p. 18.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>9</sup> Fernández Cortizo, Camilo, «A una misma mesa y manteles: la familia en Tierra de Montes en el siglo XVIII», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, t. XXIII (1982), pp. 237-276.

RETOS PARA EL HISTORIADOR SOCIAL. *ESPACIALIZAR LA HISTORIA,*  
INVESTIGAR LA DURACIÓN

Casas y hogares, pues, no pueden analizarse al margen de la familia. Pero al contrario tampoco. Las casas son espacios donde tiene lugar la acción social, donde se ubica la vida y las relaciones sociales. Porque ser alguien implica responder a la pregunta de quién se es, pero también significa un «aquí» o «allí»: ser sujetos con historia ubicados en el espacio, con experiencias de vida, con biografía, seres sociales a los que el tiempo cambia y transforma. De ahí que el historiador también deba orientar sus esfuerzos hacia captar las fragmentaciones y discontinuidades a través de la reconstrucción de trayectorias vitales y familiares.

Frente al «no-lugar» del discurso postmoderno, el historiador social tiene que valorar la importancia del «dónde». Aunque en los estudios de historia de la familia se habla mucho del tándem casa-familia sigue predominando el «a-espacialismo». Es preciso, en consecuencia, «re-espacializar» el análisis histórico. Primero porque, y entre otras ventajas, permite superar los arquetipos y estereotipos derivados de la vieja idea de la familia nuclear y sus interpretaciones sobre el concepto de residencia e independencia. Son numerosos los indicios que contradicen la imagen individualizada de la familia que podría deducirse del simple análisis del hogar en zonas como Castilla donde predominaba de forma absoluta la estructura nuclear. Flexibilidad y relaciones informales subyacen en muchos testimonios encontrados en testamentos y otras escrituras notariales. Mientras que el propio sistema de herencia igualitaria y divisible de la vivienda favorecía el desarrollo de la familia nuclear, su propia disposición propiciaba todo lo contrario. Los muros que las separaban podían ser invisibles de tal modo que la misma arquitectura de la casa vaciaría de contenido el concepto de «familia nuclear»<sup>10</sup>. Hay que superar pues la falsa idea de la coincidencia entre casa y familia: formar parte de la misma familia no siempre suponía vivir bajo el mismo techo dado que aquella se extendía más allá de las paredes de la casa<sup>11</sup>. Segundo, porque la casa es algo más que un simple marco físico. Desde la vivienda y la «re-espacialización» del acontecer

---

<sup>10</sup> Para abundar en lo que denominamos el «espejismo de la familia nuclear» vid. García González, Francisco, *Las estrategias de la diferencia. Familia y reproducción social en la Sierra (Alcaraz, siglo XVIII)*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 2000, pp. 297-308.

<sup>11</sup> Sarti, Rafaella, *Vida en familia...*, *op. cit.*, pp. 57 y 59.

se puede analizar y entender las elecciones, acciones y relaciones sociales. Una magnífica muestra de las potencialidades de adoptar este tipo de perspectiva la podemos comprobar por ejemplo en trabajos tan sugerentes como los de Amanda Flather a partir de los estudios de género<sup>12</sup>. Y en tercer lugar, porque además de prestar atención al espacio no debemos olvidar la dimensión temporal. La casa era un espacio en continuo movimiento como hemos dicho en territorios como Castilla donde predominaba de forma abrumadora un sistema de herencia igualitario y donde el mercado era clave en su transmisión. De ahí que en su estudio debería incidirse en la importancia del tiempo y su influencia en los ritmos de relación entre la familia, sus componentes y el espacio construido. Porque los hogares son realidades muy móviles en la España centro-meridional. Era difícil que la estabilidad de la casa se proyectase sobre sus habitantes y crease una continuidad con ellos. Las casas eran divididas al ritmo de la respiración de la vida<sup>13</sup>, por lo que en la forma de insertarse el individuo y la familia dentro de la comunidad, la casa no tenía el mismo significado que en otras regiones en las que predominaba la familia troncal y el heredero único. Regiones como Cataluña o el País Vasco, donde los bienes patrimoniales y el capital simbólico acumulado por la familia estaban estrechamente ligados a la casa y su identidad se vinculaba a ella. En este sentido, leyendo los trabajos de Llorenç Ferrer i Alós<sup>14</sup> sobre Cataluña, a veces se tiene la sensación de que no es tanto el *hereu* o la *pubilla* quienes heredan la casa y sus tierras como al contrario, es esta la que permanece en el tiempo y quien «hereda» a aquellos. Para Raffaella Sarti es como si hubiera casas con familia en vez de lo contrario, como ocurría también en otras zonas como los Pirineos o la Europa central<sup>15</sup>.

Efectivamente, si las casas son espacios de vida, debemos esforzarnos en reconstruir las biografías residenciales y, en consecuencia, las biografías de la movilidad. Para ello, hay que privilegiar el estudio de aquellos indicadores que tengan en cuenta la dimensión temporal, la duración, porque la casa no es algo atemporal. Los trabajos sobre los itinerarios vitales y las trayectorias sociales deben dar a la dimensión espacial toda su importancia. Preguntarse por qué se

<sup>12</sup> Flather, Amanda, *Gender and Space in Early Modern England*, Woodbridge, Royal Historical Society, 2007.

<sup>13</sup> Casey, James y Vincent, Bernat, «Casa y familia en la Granada del Antiguo Régimen», en *La familia en la España mediterránea (siglos XVI-XIX)*, Barcelona, 1987, pp. 172-211

<sup>14</sup> Ferrer i Alos, Llorenç: *Hereus, pubilles i cabalers. El sistema d'hereu a Catalunya*, Barcelona, Afers, 2007.

<sup>15</sup> Sarti, Rafaella, *Vida en familia...*, op. cit., p. 56

estaba y dónde se estaba, ya que el espacio tiene historia. Hay que preguntarse pues por las referencias temporales y sociales del dónde.

Las mujeres casadas que tenían el marido ausente ejemplificaban el drama de la espera, las contradicciones de una existencia marcada por la incertidumbre, pues estaban comprometidas con alguien que no estaba, con alguien del que en muchas ocasiones se desconocía su paradero, ni siquiera se sabía si estaban vivos o no, si podían o no volver<sup>16</sup>. Solo tenemos conocimiento de sus nombres y de dónde residían antes de su partida porque su existencia fue registrada en un momento dado, tal y como se hace en el Catastro de Ensenada. A veces, la fuente indica el tiempo que llevaban fuera pero lo normal es que ni eso. Lo único que sabemos de ellas es que se habían ido. Por su parte, viudas y solteras podían verse en situaciones parecidas por la ausencia de hijos, hermanos u otros familiares. Ellos eran sólo nombres en una casa que podía estar vacía.

La localización física es decisiva para ubicar la residencia en una casa y, por tanto, para hacer «presentes» a personas y lugares, con lo que ello significa: en la casa es donde se producen y concretan la mayor parte de las interacciones personales y sociales; donde se toman las decisiones individuales o familiares, se diseñan estrategias o se materializan tensiones y conflictos. La casa es punto de partida y forma parte misma de las trayectorias individuales y sociales. Los aspectos habituales del análisis biográfico como el matrimonio, el nacimiento, la viudedad, las actividades profesionales, etc., se enriquecen cuando son referenciados a un lugar. En este sentido, como señala Gloria Franco<sup>17</sup>, conviene recordar que para entender el significado de las viviendas en su evolución y transformación hasta constituir un espacio social complejo hay que analizar el papel asignado a éstas como verdaderas instituciones donde se han depositado y conservado los ritos que acompañan a los actos fundamentales de la vida: el ritual del nacimiento y de la muerte, el de la comida, el del cuidado del cuerpo y del vestido, el de los conciertos matrimoniales, etc.

La metodología de las historias de vida, del estudio de trayectorias individuales y su cada vez mayor interés en la historia<sup>18</sup>, nos lleva a reflexionar

---

<sup>16</sup> Véase a este respecto Pascua Sánchez, M.<sup>a</sup> José, *Mujeres solas: historias de amor y de abandono en el Mundo Hispánico*, Málaga, Diputación de Málaga, 1998.

<sup>17</sup> Franco Rubio, Gloria, «La vivienda en el Antiguo Régimen: De espacio habitable a espacio social», *op. cit.*, p. 91

<sup>18</sup> Davis, J. Colin – Burdiel, Isabel (eds.), *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, PUV, 2005; Dosse, François, *Le pari biographique. Écrire*

sobre su utilidad en relación a la casa y la familia en el pasado. Muestra de su actualidad es que a partir de la década del año 2000 se han reeditado obras muy significativas aparecidas a principios de los años 80<sup>19</sup>. Así, en la reciente reimpresión en 2013 del libro de Franco Ferrarotti, *Histoire et histoires de vie*, publicado treinta años antes, este autor se muestra muy satisfecho de cómo el método biográfico ha consolidado su autonomía y confirmado su fecundidad. Tanto es así que para él han desaparecido los recelos y el escepticismo que en 1986 expresó Pierre Bourdieu cuando acuñó el término de la «ilusión biográfica»<sup>20</sup>.

La mencionada metodología es un método cualitativo pertinente a la hora de realizar aproximaciones al significado de los fenómenos sociales a través de una temporalidad a escala individual, si bien insertada en las estructuras sociales, económicas y mentales que le dan sentido. Porque en el centro de las preocupaciones de una investigación de este tipo se sitúa el sujeto, lo cotidiano, las prácticas sociales y la comprensión<sup>21</sup>. Además, esa metodología es muy adecuada para ayudarnos a captar la idea de la sociedad en movimiento, lo que, a pesar de su elevada elaboración técnica, no se da con los métodos cuantitativos. La confluencia de esta perspectiva con la empleada en el estudio del curso de vida es muy fructífera<sup>22</sup>, pues cada curso de vida es la síntesis de múltiples determinaciones, interacciones y acciones. Su reconstrucción contiene elementos de información y significados de muchos y diversos niveles de

---

*une vie*, Paris, Éd. La Découverte, 2005; Pujadas, Juan José, *El método biográfico. El uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1992.

<sup>19</sup> Bertaux, Daniel (ed.), *Le récit de vie*, Paris, Armand Colin, 2010; Ferrarotti, Franco, *Histoire et histoires de vie*, Téraédre, Paris, 2013; Maciotti, M.<sup>a</sup> Immacolata, (ed.), *Biografia, storia e società. L'uso delle storie di vita nelle scienze social*, Napoles, Liquori Editori, 2000.

<sup>20</sup> Vid. «Introducción» a la reimpresión en Ferrarotti, Franco, *Histoire et histoires de vie...*, *op. cit.*

<sup>21</sup> Balandier, G.: «Preface», en Ferrarotti, Franco, *Histoire et histoires de vie...*, *op. cit.*

<sup>22</sup> García González, Francisco, «La edad y el curso de la vida. El estudio de las trayectorias vitales y familiares como espejo social del pasado», en Chacón, F., Hernández Franco, J., García González, F. (eds.), *Familia y organización social en Europa y América siglos XV-XX*, Murcia, Editum, 2007, pp. 89-108. No en vano, el interés por el curso de la vida estaría relacionado con los cambios antropológicos y de todo tipo ligados a la prolongación de la esperanza de vida y a la transformación en la estructura de edades de la población que caracteriza al inicio del siglo XXI. Vid. Attias-Donfut, Claudine, «Generations et parcours de vie sous la révolution de la longévité», en Caradec, V. (et al.), *Les dynamiques des parcours sociaux. Temps, territoires, professions*, Rennes, PUR, 2012.



la realidad. Además de permitir captar las lógicas de la acción individual en su desarrollo biográfico, nos aproxima a cómo evolucionan y a cómo toman forma las relaciones entre las distintas generaciones en el tiempo; en consecuencia, a la configuración de las relaciones sociales en su desarrollo histórico.

La cuestión es si a partir del seguimiento de las trayectorias residenciales y sus transformaciones temporales sucesivas se pueden pautar comportamientos, y si estos se pueden interpretar como algo general, estructural o, por el contrario, es imposible, por ser estas individualizadas y variables. El riesgo del individualismo metodológico vuelve a hacerse explícito y la diversidad de casos concretos puede impedir la comprensión. Frente a esto, pensamos, la clave estaría en adoptar una perspectiva que presente la ventaja de detectar en el seguimiento de esas historias individuales y familiares ese poso de «experiencia común» que las vincula a la sociedad de la que forman parte: no es el caso puntual lo que importa por más que sirva para ilustrarnos sino lo que de general esconde como modelo de comportamiento.

#### SECUENCIAR LA CASA. CURSO DE VIDA, BIOGRAFÍAS RESIDENCIALES, GENEALOGÍAS SOCIALES

La casa y su localización resultan claves para el análisis de la residencia y su duración. No en vano conviene recordar que en el Diccionario de Autoridades el término residencia estaba ligado al de domicilio y ambos llevan implícita una dimensión temporal:

«RESIDENCIA. s. f. Morada, domicilio o asistencia continua en algún lugar.

DOMICILIO. s. m. La casa o lugar en que se habita, o la morada que en ella se hace con ánimo de permanecer con toda la hacienda. Para constituirse el domicilio, es necesario que uno habite con este ánimo diez años en una parte».

La dificultad es obvia en el Antiguo Régimen a la hora de obtener información sobre los lugares y las casas en las que se ha vivido. Es complicado disponer de todos los testimonios documentales con continuidad y regularidad en el tiempo. Secuenciar o establecer una sucesión ordenada de la residencia es un problema que se agrava si tenemos en cuenta que la mayoría de la población vivía en condiciones muy precarias y que no sería raro cambiar de casa o incluso quedarse sin ella en períodos más o menos prolongados. De ahí que sea más fácil hacer el seguimiento a los grupos oligárquicos y de poder. Pero a este obstáculo hay que añadir otro; la distinción de la movilidad entre sedentarios y migrantes. En el primer caso hablamos de la intramovilidad residencial

dentro de una misma población, bien sea una ciudad o un núcleo rural. En el segundo de la intermovilidad residencial entre distintos núcleos de población, incluida la derivada de los desplazamientos campo-ciudad. La comparación es interesante porque las características residenciales de los que no se mueven pueden ocultar las de los que se mueven.

Sin embargo, la obsesión por la localización puede tener un riesgo para el investigador. Su enorme potencialidad puede quedarse en un dato vacío si solo se reduce a la descripción del lugar, de la casa, a las enormes posibilidades visuales de su cartografiado y planimetría, aunque sea comparándose en momentos diferentes. La mera recogida de información para un estudio de la casa, con ser necesario, no es suficiente. Y ello aunque las tipologías analíticas aplicadas sean múltiples y muy exhaustivas como:

- a) Análisis propiamente morfológico o arquitectónico (materiales, soluciones constructivas), con su diferenciación entre el exterior (fachada, altura, fondo, etc), y el interior (composición, distribución, mobiliario, etc).
- b) Análisis geográfico, que distingue su ubicación por categorías como centro, periferia, periurbano, etc., o el tipo de hábitat (rural, urbano, montaña, costa, etc).
- c) Análisis demográfico, que considera la estructura, la composición y el tamaño de los hogares que residen.
- d) Análisis social, que presta atención a la profesión, estatus, nivel de riqueza, etc., de quienes viven en la vivienda, bien sean propietarios, arrendatarios o a través de otras fórmulas.

Qué duda cabe que en todo estudio centrado en la casa es ineludible abordar cuestiones como su tamaño, forma y distribución; su valor y funcionalidad; si nos referimos a una vivienda de una sola planta, de dos o más; de una única habitación o si son pluricelulares; aisladas o adosadas; con anexos (corral, cabañerías, bodega, etc) o sin ellos. Pero consideramos además que hay que introducir otro tipo de enfoques más cualitativos. Como decíamos antes, si las casas son espacios de vida, debemos esforzarnos por reconstruir las biografías residenciales y, en consecuencia, las biografías de la movilidad. Idealmente, se trata de recoger toda la información sobre los lugares de residencia utilizados a lo largo del curso de la vida de un individuo o una familia. Esto supone integrar el análisis de las trayectorias vitales con el análisis del espacio doméstico, de tal modo que la dinámica biográfica se asocie a la dinámica de la casa. Esta deja de ser así una categoría simple e inerte para convertirse en una categoría dinámica y compleja.

Este tipo de investigación exige un duro trabajo que combine el uso de fuentes diversas como padrones y recuentos de población, libros parroquiales,

protocolos notariales, catastros, fuentes judiciales o la variada documentación que encontramos en los archivos municipales, entre otros recursos. Y cómo no, diarios, memorias, autobiografías y demás testimonios personales que no son fáciles de hallar y mucho menos para las mujeres<sup>23</sup>. La única forma de darle una cierta visibilidad y materialidad –aunque sea parcial– a la dinámica residencial y familiar es la reconstrucción de trozos de trayectorias, de fragmentos diferentes, de situaciones más o menos momentáneas o duraderas. Para ello hay que recurrir al cruce nominativo entre esas diversas fuentes a fin de alcanzar identificaciones microscópicas, a partir de las cuales establecer en un segundo momento modelos que nos permitan comprender los procesos. Porque la novedad no reside solo en la documentación sino en la «mirada» con que se analizan las fuentes<sup>24</sup>.

Por lo tanto partiendo de la casa y de la residencia, desde el cruce nominativo de fuentes hay que incidir en la importancia del tiempo y su influencia en los ritmos de relación entre la familia, sus componentes y el espacio construido. Sobre todo si el objetivo es conjugar el estudio de la movilidad y las transformaciones del espacio; observar los procesos de permanencia y cambio, continuidad, inestabilidad o ruptura. De ahí que, si queremos aplicar una perspectiva temporal, debemos descomponer el análisis en temporalidades diversas. Los datos referidos a la edad contenidos en los padrones y otros recuentos de población realizados de forma detallada, casa a casa, nos permiten obtener evidencias de la residencia en diferentes etapas de la vida. Si adoptamos como prisma el ciclo vital podremos relacionar la casa, la residencia y sus características en la infancia, la adolescencia, la juventud, la adultez o la vejez; si lo hacemos desde el prisma del ciclo familiar podremos observar los comportamientos en los períodos de soltería, durante el matrimonio o la viudedad así como en otras situaciones como divorcio, separación, ausencia de la pareja (sobre todo del marido), etc.<sup>25</sup>. Algunas expresiones lingüísticas que recoge el *Diccionario de*

---

<sup>23</sup> Para una panorámica sobre el tema vid. Amelang, James: «Autobiografías femeninas», en Morant, I. (dir.), *Historia de las mujeres en España y América Latina. II. El mundo moderno*, Madrid, Cátedra, 2005, pp. 155-168.

<sup>24</sup> Un buen ejemplo en esta dirección en Postigo Vidal, Juan, *La vida fragmentada. Experiencias y tensiones cotidianas en Zaragoza (siglos XVII y XVIII)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015.

<sup>25</sup> Este planteamiento es especialmente apto para el análisis de la soledad. Vid. García González, Francisco, «Investigar la soledad. Mujeres solas, casa y trayectorias sociales en la Castilla rural a finales del Antiguo Régimen», *Obradoiro de Historia Moderna*, 24 (2015), pp. 141-169.

*Autoridades* donde está presente la casa en combinación con la edad y el estado civil son muy significativas para comprender la sensibilidad de la época como ocurre con los siguientes términos:

«ALBARRAN. s. m. El mozo soltero, libre, que no tiene domicilio, casa, ni hogar. Es voz antiquada Arábica, compuesta del artículo Al, y de la palabra Barrán, que significa el que estuvo libre y goza de inmunidad<sup>26</sup>.

MOSTRENCO. Por alusión se llama el que no tiene casa, ni hogar, ni señor o amo conocido.

SOLTERO. Suele usarse tambien por lo mismo que suelto, ò libre. Lat. Solutus. Dissolutus.

SOLTERO, RA. s. m. y f. La persona, que está sin tomar estado. Dixose de la voz Suelto, por no estar ligada con el matrimonio. Lat. Solutus. Liber. Celebs, ibis

SOLTERÓN. Hombre que se conserva sin casarse. V. en virgen; y por lo común se dice en Cast. del hombre ya de edad que no se ha casado<sup>27</sup>.

CASADO. el que ha contrahido matrimonio, porque luego le obligan a poner casa y pucheros<sup>28</sup>.

PONER CASA. Es recibir familia para empezar a vivir con separación de aquel en cuya compañía se estaba antes: como el hijo que toma estado y se le ponen criados propios, y casa o quarto aparte.

APARTAR CASA. Es separarse los que vivian juntos, poniendo cada uno su casa aparte y viviendo de por sí y sin dependencia el uno del otro: como suele suceder quando el padre pone en estado a un hijo y le separa de sí. Latín. Domicilium segregare».

<sup>26</sup> En la actualidad su significado tiene tres acepciones en el Diccionario de la RAE, destacando su vinculación con el trabajo sirviente y la connotación de vagabundo: Dicho de un mozo soltero: Dedicado al servicio agrícola; Mayoral (pastor principal); Vagabundo sin domicilio fijo.

<sup>27</sup> Gracias al *Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española* de la Real Academia Española (RAE) donde se compila una amplia selección de las obras que desde el siglo XV han recogido, definido y consolidado el patrimonio léxico del español, comprobamos que esta acepción está contenida en el Diccionario de Esteban Terreros y Pando, 1788 (<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUIMenuNtlle?cmd=Lema&sec=1.0.0.0.0.>). Según esta base de datos, es la primera vez que se registra en un diccionario de lengua española esta palabra. Además solo en masculino. Hay que esperar al Diccionario de la RAE de 1843 para que se recoja la acepción también en femenino (<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUIMenuNtlle?cmd=Lema&sec=1.0.0.0.0.>). En este momento se indica que es el soltero adelantado en años, muy similar al significado actual de persona entrada en años y que no se ha casado. Consulta realizada el 9 de noviembre de 2015

<sup>28</sup> Definición recogida en Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, 1611 (<http://ntlle.rae.es/ntlle/SrvltGUIMenuNtlle?cmd=Lema&sec=1.0.0.0.0.>). Consulta 9 de noviembre de 2015

La edad como criterio de investigación enlaza también el estudio de la casa con la polémica entre análisis «estáticos» y análisis «dinámicos», es decir, transversales o longitudinales. La cuestión nos recuerda al debate planteado con respecto al estudio de las estructuras familiares por David S. Reher<sup>29</sup> y Robert Rowland<sup>30</sup>. La defensa del análisis longitudinal y dinámico del primero es contrarrestada por el segundo al considerar que las conclusiones obtenidas no son diferentes si se estudia el tipo de hogar y su composición a partir de un padrón o recuento de población referido a un año concreto en función de las distintas edades existentes. En concreto, Rowland<sup>31</sup> afirma que, si bien una familia podría variar su composición a lo largo de sus distintas fases de desarrollo, «si los comportamientos que se traducen en los ciclos de desarrollo de las distintas familias manifiestan una estabilidad en el tiempo, la proporción de familias de cada tipo estructural tenderá a mantenerse constante. En consecuencia para este autor no tiene sentido contraponer al análisis de la estructura de una población de familias un análisis de los cambios en la composición de familias individuales».

Aunque la reflexión la podemos aplicar al estudio de la casa, consideramos que a pesar de su elevada elaboración técnica, los métodos cuantitativos resultan insuficientes para captar la sociedad en movimiento. De ahí que, si uno de los mayores retos del historiador social sigue siendo, como ya señalara Tamara Hareven<sup>32</sup>, la interrelación entre el tiempo individual, el tiempo familiar y el tiempo histórico, es necesaria una perspectiva de análisis integradora que complemente los enfoques cuantitativos y cualitativos. Aspiración para la que hay que destacar la potencialidad de la aproximación biográfica, la reconstrucción de genealogías y el curso de vida, vías especialmente válidas para la compren-

---

<sup>29</sup> Reher Sullivan, David Sven, «La importancia del análisis dinámico ante el análisis estático del hogar y la familia. Algunos ejemplos de la ciudad de Cuenca en el siglo XIX», *Revista Internacional de Sociología*, 27 (1984), pp. 107-136.

<sup>30</sup> Rowland, Robert, «Matrimonio y familia en el Mediterráneo occidental: algunas interrogaciones», en Chacón Jiménez, F. (ed.), *Familia y Sociedad en el Mediterráneo occidental*, ss. XV-XIX, Murcia, Universidad de Murcia, 1987, pp. 243-261.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 246, nota 8.

<sup>32</sup> Hareven, Tamara, «The history of the family and the complexity of social change», *American Historical Review*, vol. 96, 1 (1991), pp. 95-124. (Hay versión castellana en el *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 1995, XIII-1, pp. 99-150); Bertaux, Daniel, «The Life-Cycle Approach as a Challenge to the Social Sciences», en Hareven, T., Adams, K. J. (eds.), *Ageing and Life Course Transitions. An Interdisciplinary Perspective*, New York, The Guilford Press, 1982, pp. 125-150.

sión de los procesos de reproducción social; una metodología desde la que es posible dar respuesta a las relaciones establecidas entre la movilidad individual y familiar, la recomposición residencial y los cambios en el espacio doméstico. Porque el objetivo es, como ya comentamos, imbricar la historia de la casa y la vida de los individuos y sus familias, el tiempo biográfico y el tiempo de la casa para obtener, en definitiva, biografías sociales de la misma.

Estudiar la casa desde los avatares propios del paso del tiempo y de los cambios que esto supone, implica analizarla como vivienda y como hogar, como edificio y en función de quienes la habitan. En el primer caso esto significa investigar aspectos como su origen y construcción; la evolución de su estructura, su ampliación, división o reforma; la funcionalidad y organización del espacio doméstico; su estado de conservación, envejecimiento, desaparición o abandono. Como espacio social nos atenderemos al tamaño y composición del hogar u hogares que residen en la casa, los lazos de parentesco o de otro tipo de quienes conviven, la relación con la propiedad o las condiciones contractuales para su uso (arrendamiento, cesión, hipoteca, etc.), su forma de transmisión (herencia, donación, compraventa, trueque) o los objetos y bienes que contiene como expresión de las costumbres, hábitos y mentalidades de quienes la habitan. Pero el sentido social del tiempo asociado a la casa supone también una dimensión genealógica y relacional de tal modo que debemos interesarnos por los vínculos existentes entre los moradores sucesivos de la casa así como por la red de relaciones en donde aquellos se insertaban<sup>33</sup>. Una premisa imprescindible una vez que se ha superado en los estudios de historia de la familia la tradicional dicotomía que separaba su dimensión interior (composición, tamaño y estructura de los hogares, alianzas matrimoniales, prácticas hereditarias, ingresos familiares, gestión del patrimonio, organización laboral, etc.) de la exterior (relaciones de parentesco, ayuda y solidaridad, relaciones de dependencia, patronazgo y clientela, relaciones laborales, formas de explotación y de acceso al mercado, etc.). Un necesario enfoque para tratar de pautar las relaciones inter e intrageneracionales.

Como la historia es movimiento y el movimiento implica comparación<sup>34</sup> consideramos también imprescindible aplicar una perspectiva de análisis socialmente diferencial. Las desigualdades sociales (estatus y rango, perfil sociopro-

---

<sup>33</sup> El uso de la vivienda como instrumento de articulación de redes sociales, familiares, laborales y profesionales es resaltado también por Franco Rubio, Gloria, «La vivienda en el Antiguo Régimen: De espacio habitable a espacio social», *op. cit.*, p. 91, para entender su evolución y transformación hasta constituir un espacio social complejo.

<sup>34</sup> Carr, Edward Hallett, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Ariel, 1983, p. 112.

fesional, niveles de riqueza y propiedad) y de género (hombres o mujeres al frente de sus hogares) marcaban las diferencias. Las posibilidades de elección eran más o menos limitadas en función de la capacidad económica, la situación familiar y el tiempo. Por ejemplo la duración del período de acogida de un hijo con su esposa y familia en la casa de sus padres era mucho más reducido entre los más pobres que entre los más pudientes. Comportamientos además que no tenían por qué responder solo a cuestiones económicas: también podrían ser considerados como algo propio del estatus como en el caso de regidores, alcaldes, notarios, escribanos, etc. Refranes como «En casa de tía, mas no cada día. En casa de tu hermano, mas no cada verano» que recoge el *Diccionario de Autoridades*, serían más aplicables a los casos de pequeños labradores, jornaleros, mozos de labor y viudas con escasos medios que en el de los grandes terratenientes o miembros de las élites de poder.

Metodológicamente la casa nos brinda la oportunidad de reconstruir un modelo de genealogía social puesto que podemos aspirar a saber quiénes y qué familias –de manera continuada o no– estuvieron vinculadas a ella (e incluso saber cuál era su procedencia social y geográfica). Las posibilidades son mayores como dijimos entre los grupos oligárquicos y aristocráticos. Pero tanto en las distinguidas mansiones de la ciudad como en los grandes cortijos o casas de labor del mundo rural su estudio nos facilita obtener una imagen microscópica de la sociedad al darse cita aquí individuos y familias marcadas por sus relaciones desiguales. Por su parte, la localización de las ubicaciones de las casas y de los posibles desplazamientos con el cambio de residencia hacia las zonas principales o, al contrario, hacia las zonas menos selectas, permite observar procesos de movilidad social ascendente o descendente; permite constatar el éxito o no de la evolución del linaje y del grupo familiar y, en definitiva, la posición alcanzada dentro de la jerarquía social de la población. Porque, tanto en su materialidad como en las prácticas de residencia, la casa puede considerarse como un conjunto de signos que obedecen a una específica forma de estructura y organización social. La casa, como proyección simbólica del estatus, era un escenario privilegiado para mostrar la riqueza y las señas de identidad de sus propietarios o moradores<sup>35</sup>. De hecho en el *Diccionario de*

---

<sup>35</sup> El análisis de la vivienda como signo de identidad y como una forma de representación de la familia y de su condición dentro de la jerarquía social es otro de los aspectos fundamentales resaltados por Franco Rubio, Gloria, «La vivienda en el Antiguo Régimen: De espacio habitable a espacio social», *op. cit.*, pp. 91 y 95, para entender su evolución y transformación hasta constituir un espacio social complejo.

*Autoridades* se recoge cómo «no solo se peca en España en los gastos excesivos de los trages, sino tambien en los edificios de suntuosas casas y jardines, y en el adorno de costosísimas alhajas». En una sociedad obsesionada por cultivar las apariencias, el rango y la distinción de la familia también se ligaban a la altura y a la extensión de la vivienda<sup>36</sup>, la calidad de los materiales y la ornamentación de su fachada, convirtiéndose así en una magnífica expresión de poder. De ahí que, si la casa es un reflejo de quien la habita, hay que reivindicar la diferencia como prisma de investigación al ser expresión de las desiguales estrategias de reproducción y movilidad social.

Como ya comentamos, a través de los datos contenidos en los padrones realizados casa a casa podemos obtener evidencias de la residencia en diferentes momentos. La dificultad es enlazarlos y ver su evolución. En el territorio castellano es difícil encontrar este tipo de recuentos continuados en el tiempo. A veces, los libros de cumplimiento pascual o libros de matrícula parroquiales pueden sustituirlos si su calidad lo permite, algo que no es muy habitual. Pero sobre todo aún es más complicado contar con datos de la misma casa de una manera secuenciada en el tiempo.

Afortunadamente para el conjunto de la Corona de Castilla disponemos de un fondo documental extraordinario derivado del Proyecto de Única Contribución auspiciado por Fernando VI a mediados del siglo XVIII: el Catastro del Marqués de Ensenada, sus posteriores Comprobaciones en 1761 y las denominadas Relaciones Juradas de 1771, producto de una nueva operación hacendística cuya documentación no siempre se ha conservado y que puede ser deficiente. En cualquier caso, y dejando al margen esta última documentación, que es más difícil de localizar o no cumple con los requisitos mínimos de calidad exigidos, gracias a las Respuestas Particulares del Catastro de Ensenada —con sus memoriales y relaciones realizadas vecino a vecino por lo general entre 1751 y 1753— y las Comprobaciones de 1761, disponemos de un formidable material para seguir la trayectoria de personas, hogares y casas en la Castilla del Antiguo Régimen. Trayectorias en el tiempo corto, es verdad, de entre 8 y 10

---

<sup>36</sup> Al respecto véase Dubert García, Isidro, *Del campo a la ciudad. Migraciones, familia y espacio urbano en la historia de Galicia, 1708-1924*, Santiago de Compostela, Nigra, 2001, pp. 355-357; Sanz de la Higuera, Francisco, «Familia, hogar y vivienda en Burgos a mediados del siglo XVIII. Entre cuatro paredes, compartiendo armarios, camas, mesas y manteles», *Investigaciones Históricas*, 20 (2002), pp. 165-211; García González, Francisco, «Las dimensiones de la convivencia. Ciudades y hogares en España, siglos XVIII-XIX», en monográfico *La ciudad y la construcción de la modernidad. Identidades urbanas y mitologías ciudadanas*, ss. XVI-XIX, *Revista de Historiografía*, vol. 16 (2012) pp. 24-43.



años, pero que tienen la virtualidad de aportarnos una exhaustiva información sobre los cambios personales y familiares ocurridos en ese período, así como sobre las ocupaciones, bienes y propiedades, rentas y deudas de los individuos, especificando en este caso los motivos de dichos cambios: compras, ventas, trueques, cesiones, herencias, particiones, hipotecas, etc. Por tanto, se trata de datos transversales referidos a un año concreto pero de los que se pueden deducir comportamientos longitudinales al tener en cuenta la segunda averiguación las modificaciones acaecidas entre ambas fechas. A partir de ahí disponemos ya de una sólida base para el cruce con otro tipo de fuentes –padrones, protocolos notariales, libros parroquiales, libros de cumplimiento pascual, etc., e incluso con las Relaciones de 1771 si son válidas–, que proyecten en el tiempo el seguimiento de itinerarios y trayectorias.

La posibilidad de comparar la situación existente entre el Catastro de Ensenada y sus Comprobaciones nos proporciona algunas conclusiones válidas, al presentarnos a los que encabezaban sus propios hogares y a quienes los componían en el marco de su existencia. Las informaciones que nos dan ambas fuentes son múltiples, con indicaciones de un antes y un después sobre su identidad, de su estatus, composición de sus hogares, relaciones de parentesco, actividades cotidianas y profesionales, tipo de casa, bienes, deudas, etc. De este modo podemos saber entre una fecha y otra si una mujer que encabezaba su hogar falleció, si volvió a casarse y con quién, si incrementó la familia con un hijo o una hija, si alguno de estos se casó, si aumentaron los parientes o se fueron los criados, si aún estaba ausente el esposo, un hijo o toda la familia se había marchado del pueblo, si se cambió de categoría socioprofesional, si se estaba impedido por accidente o por edad, etc.

Es cierto que tanto para el Catastro como para sus Comprobaciones, la normativa no fue aplicada de la misma forma en todos los lugares, dando como resultado una masa documental heterogénea por su nivel de detalle y escrupulosidad. Por ejemplo en el caso de las tierras manchegas ambas operaciones fueron realizadas en general de manera muy meticulosa<sup>37</sup>. Al margen de su heterogeneidad y de las posibles ocultaciones propias de toda fuente fiscal,

---

<sup>37</sup> Para la información sobre la casa en esta región igualmente ocurre con otras fuentes anteriores como las Relaciones Topográficas de Felipe II. Vid. García González, Francisco «La casa rural en la Castilla meridional. Aproximaciones arquitectónicas y constructivas en la época del Quijote», en Sanz Camanes, P. (Coord.), *La Monarquía Hispánica en tiempos del Quijote*, Madrid, Universidad de Castilla-La Mancha –Centenario Don Quijote– Ediciones Silex, 2005, pp. 103-144.

.....

el problema es otro. El peligro es que disponemos de estupendos materiales para la reconstrucción de trayectorias individuales y colectivas, pero puede ocurrir que, al final, nos olvidemos de lo que sugieren esos materiales para la comprensión de esas mismas trayectorias y nos quedemos solo en el dato. El riesgo es, en definitiva, que la abrumadora documentación desplace al propio significado que supone la reconstrucción de esas trayectorias.

## CONCLUSIÓN

A pesar de las dificultades del historiador para desarrollar la metodología de la reconstrucción de trayectorias, a pesar de la irregularidad de la documentación y de los debates y controversias que esta genera, consideramos que esta perspectiva conlleva unas enormes posibilidades para el avance de la historia social.

El estudio de la casa como vínculo, como lazo e hilo conductor, junto a la familia que la envuelve socialmente, nos ofrece la posibilidad de aproximarnos a las fragmentaciones, a las discontinuidades de la existencia social a partir de capturas momentáneas o duraderas de la residencia en un determinado momento y lugar.

Para la Corona de Castilla es una ventaja poder disponer de un fondo documental para el siglo XVIII como el Catastro de Ensenada y sus comprobaciones. El historiador puede ubicar la residencia y la convivencia en una casa y, por lo tanto, puede hacer presentes personas y lugares con lo que ello significa. Una casa de cuya situación, características y grado de integridad o división tenemos pistas entre 1752 y 1761. Incluso estas fuentes nos informan sobre las casas de los nuevos vecinos asentados en la población entre una fecha y otra. El cruce con otro tipo de listados nominativos como padrones, vecindarios o libros de cumplimiento pascual así como con los libros parroquiales nos permite proyectar en el tiempo el seguimiento de itinerarios y trayectorias.

Pero frente a los contenidos legales que los registros censales nos ofrecen está la praxis, las conductas de hecho. Antropólogos y sociólogos, conscientes del abismo que puede mediar entre lo que se dice y lo que se hace, corrigen a través de la observación directa las impresiones obtenidas. Al historiador del Antiguo Régimen, como es lógico, le resulta imposible si no es a través de otras fuentes indirectas, en especial los testamentos y otros documentos notariales. Algo que es evidente sobre todo en relación a los fenómenos de movilidad: diferencias entre el lugar de dormir y el de comer, entre la vecindad y el lugar

de trabajo o donde estaban las propiedades (con la necesidad de cambios de domicilio estacionales), estancias temporales en casas de otros parientes, etc. Es el caso, por poner algunos ejemplos, de la viuda o persona mayor que sólo va a dormir a casa de sus hijos, pero que en realidad come, vive y se administra por sí misma; o, al contrario, el caso de las parejas recién casadas que, aunque instaladas independientemente, trabajan o comen en casa de alguno de los padres. Porque en una sociedad como la castellana del Antiguo Régimen conviene relativizar conceptos como autonomía o independencia. La neolocalidad, es decir, la instalación en un nuevo hogar de la joven pareja, con una residencia distinta a la de los padres, no implicaba la discontinuidad familiar. Aquí la acotación, la coincidencia entre espacio y tiempo que definía al hogar, era más frágil de lo que en principio se podría pensar.

En definitiva, no es suficiente con aplicar un impecable método cronológico por el que año tras año hacemos el seguimiento de las casas y de los hogares que la habitan y le dan vida. Hay que aprovechar esa documentación para comprender las decisiones y el significado de las acciones individuales en el marco del contexto social en el que se producen. Observar en su vertiente proceso los cambios de residencia, la cohabitación, los desplazamientos, las circunstancias biográficas y las motivaciones, resulta fundamental para la reconstrucción de itinerarios vitales y trayectorias sociales. Otra cuestión es si a partir del seguimiento de algunas trayectorias residenciales y sus transformaciones sucesivas a lo largo de tiempo se puede interpretar como algo general. El peligro del individualismo metodológico es evidente y la gran diversidad de casos concretos puede impedirnos su correcta comprensión. La clave está en adoptar una perspectiva que presente la ventaja de detectar en el seguimiento de esas historias individuales y familiares regularidades de comportamiento que reflejen el mecanismo socioestructural que las generaba.